

La canción fantasma

Diana Soberanis

Dedicado a Adriana Allen, o mamá Chelo: siempre viva en mi canto.

LUNES 23 DE OCTUBRE: DÍA QUE PARECE CANCIÓN AÑEJA

Mi abuela cantaba una canción que recuerdo bien, casi tanto como la textura de su piel ahora inexistente (o trasformada en quién sabe qué de acuerdo con las leyes de la materia). Esta mañana la canté con la ilusión de que su voz me hiciera coro: así fue, aunque nadie más la escuchó (solo yo dentro de mi memoria). Lo que desconozco es el compositor de la pieza musical. Le pregunté a mi papá y tíos... todos están en la misma situación que yo.

—No sé, hijita. Hay muchas cosas que nunca supe de mi madre. Tal vez es que no quería.

Ante esta cuestión decidí indagar en la virtualidad. No hallé nada. Redacté la letra entera de la melodía en el buscador y simplemente no arrojó nada relevante. Tenía la esperanza de hallar el nombre de algún célebre bolero cubano o yucateco. No lo sé, quizá mi Chelito fue la autora y por eso no hay rastro de esta en el mundo de internet. A lo mejor fue una composición hecha solo para ella, jamás grabada en un casete o vinilo, sino solo en los recuerdos... ¿Hay cosas cuyo único lugar para existir es ese? Podría ser que se la escribió un amor de esos vetados. ¿Mi abuelo? Lo dudo. Papá me ha dicho que era un hombre casi mudo. Estaba programado para decir las palabras necesarias en el momento preciso. No creo que alguien de tal carácter fuera a escribir versos para cantar; también se me ocurre que la oyó en algún baile durante su juventud, de algún trío que jamás se consolidó: debut y despedida en la noche en la cual mi abuela

oyó su canción, sin ellos saber que recorrería por siempre la memoria de los Vázquez. ¡Vaya intriga que me produce! ¡Desconocer el origen de tus recuerdos! Porque es una canción que de pronto llega como un terremoto a reconstruir muchas cosas de mi alma, pero ¿quién fue aquel que articuló esas palabras que ahora son un ente para revivir a mi Chelito? Estoy resignada a no saberlo nunca.

MIÉRCOLES 25 DE OCTUBRE: DÍA QUE SABE A SOPA DE VERDURAS Y BOLEROS

Hoy salí temprano de clases y un pequeño concierto improvisado se armó a las afueras de la facultad. Uno de mis amigos me invitó a unirme. Como ese día mi papá preparó la sopa de verduras que era la especialidad de mi abuelita Chelo, yo quise cantar su canción. Lo hice a capela, repitiendo los pocos versos que han sobrevivido en la memoria familiar: *entre las cuatro paredes / de mi rinconcito lindo / las telarañas no existen / las telarañas no están. / Y aunque parezca mentira, / más vale una telaraña, / que el amor que nos engaña / y que luego se nos va. / Dios puso en mi vida / un velo a mis sueños / Te fuiste sin darme siquiera un adiós / Y en medio quedaron, tan llenas de espinas / las telas de araña de mi decepción.* Uno de los músicos adaptó la melodía que yo entonaba hacia las cuerdas de su guitarra. El ambiente me envolvió en el tiempo aquel donde podía oler el pino del patio de mi Chelito, y observar poco sus ojos verdosos porque los párpados se le habían caído (ella solía ponerse unas cintas entre sus párpados y las cejas para poder abrir sus ojos un poco más). Dejé de cantar al darme cuenta de que una mujer de avanzada edad (tal vez ya en los 90) parecía repetir las palabras de mi canción (más bien la de mi abuela). Me acerqué a ella, me miró con ojos que me entraron de forma violenta (pero sin dolor) hacia algún vacío que me desconocía.

—Disculpe, ¿usted se sabe esa canción?

—No, no sé de qué hablas.

—Es que vi que la cantaba a la par de mí.

—No, hija, debes estar confundida.

Sus palabras y gestos fueron honestos en demasía. Ya no pude objetar nada, me limité a disculparme y alejarme un poco de ella, aunque no dejó de mirarme y la vi agarrarse con fuerza la cintura, como si de pronto se le hubiera generado una borrasca interna. Caminé así hasta la parada de autobuses, con la mano sosteniéndola para que algo no se le derrumbara en plena calle. Tomó un colectivo rojo y la vi desaparecer, pero se quedó en mí como un ruido turbio que no es posible silenciar.

SÁBADO 28 DE OCTUBRE QUE SE SIENTE COMO BUGANVILIA

Desde el miércoles en la noche que regresé a mi casa sé que algo se me ha olvidado. No he querido cantar, no me nace. No puedo. Esta mañana fui al mercado para comprar algunas plantitas de té que me encargó mi mamá. El puestecito en el que usualmente compro estaba cerrado, al parecer algún familiar del dueño falleció. En un localito casi escondido, el cual jamás vi antes, encontré unos sobres ya preparados para hacer infusiones de buganvilia. Mamá Chelo adoraba esas flores y decidí comprar aquello que me resultó tan exuberante. Me atendió un hombre de unos 70 años, muy enérgico, que emanaba un olor como mezcla de sudor, tabaco y jamaica. Cuando le pagué me regaló una buganvilia que comenzaba a marchitarse, alrededor de los pétalos se le notaba ese café de inconformidad tan doloroso. El don comenzó a tararear una melodía idéntica a la de la canción de mi abuela... entonces yo agregué la letra, sonábamos como el eco atrapado en un radio sin pilas.

—¿Dónde escuchó esa canción señorita?

—La cantaba mucho mi abuelita. ¿Y usted de dónde la oyó?

—La cantaba mi mamá, pero hace muchísimo que no... Es más, ya ni siquiera sabía que aún habitaba en mis recuerdos.

—¿Usted de casualidad sabe quién es el autor?

—La verdad no, nena. Y siéndote franco, jamás me lo había preguntado.

Mientras platicaba con él, de pronto, se retorció levemente por un dolor en su costado. Me alarmé al verlo. Enseguida me dijo que no me preocupara, pues no eran más que 'achagues de la edad'. También agregó una frase muy particular sobre eso: «yo creo que mientras más cosas se nos van pudriendo en los recuerdos, mientras más difícil es enterrar lo que alguna vez nos dio vida, el cuerpo se va volviendo loco y por eso nos hacemos tan frágiles». Me quedé con esa idea retorciéndose en mi cabeza, bailando dentro de mí como para invocar algo que necesitaba recordar. Al menos el señor, cuyo nombre es Felipe, me comentó que su mamá va los domingos a visitarlo a su negocito. Pasaré a ver si ella me puede dar información sobre el origen de la canción de mamá Chelo. Antes de terminar de escribir sobre estas hojas, sé que hoy he recordado algo importante, aunque todavía no sé qué es.

LUNES 12 DE NOVIEMBRE QUE ME DUELE PRONUNCIAR

Amanecí con un dolor fuertísimo en el costado. Llevo días sintiendo que alguna cosa se me fragmentó en la memoria. Sé que hay algo o alguien a quien necesito recordar y no sé qué es. Tampoco he cantado, ni siquiera las canciones de mis discos de trova

cubana. Es como si tuviera una tristeza que no es mía, la cual emigró a mi cuerpo desde otro que quizá ya no la soportó. Así me fui a la universidad con un dolor que sé que no es mío y del cual no podré escapar con un analgésico de farmacia ni casero. En mi clase de historia yucateca todo empeoró, al grado que mi profesora me preguntó si estaba bien; yo le dije que sí, pero a los pocos minutos insistió, me notaba los ojos llorosos. Terminé diciendo que me dolía el estómago y me retiré un poco antes. En el autobús hacia a mi casa no dejé de pensar en la imagen que causó incremento en la dolencia de mi costado. La foto databa de 1942, en ella estaba capturado un joven músico a las afueras de la catedral de san Idelfonso. La profesora nos mostraba una serie de imágenes de la vida pública en Mérida durante la primera mitad del siglo XX, y justo cuando esa se proyectó, sentí como si las células de mi costado hubieran comenzado a devorarse entre sí. Creo que así se siente cuando te dan una puñalada. Me iré a dormir ya. Mientras escribía esto tomé algo de té de buganvilia y, no sé por qué, el dolor cesó un poco.

DOMINGO 17 DE NOVIEMBRE CON LAS LETRAS DEL NOMBRE ELIA

El té de buganvilia se gastó el sábado. Hoy por la mañana me fui al Lucas de Gálvez para comprar más. Ya no recordaba el rostro del señor que me los vendió, pasé por el puestecillo y nos miramos buscándonos mutuamente en algún recuerdo, hasta que él me saludo amable y reconocí su semblante. Entré lentamente al pequeño espacio de su negocio. Sentadita en una silla había una mujer mayor (tuve la sensación de conocerla ya). Me sonrió muy dulce mientras yo seleccionaba lo que iba a comprar.

—Oye, mamá, ¿te acuerdas de la canción con la que solías adormecerme cuando niño? La señorita la sabe también.

—¿De qué canción hablas, hijo?

—*Entre las cuatro paredes, de mi rinconcito lindo, las telarañas no existen, las telarañas no están. Y aunque parezca mentira, más vale una telaraña, que el amor que nos engaña y que luego se nos va. Dios puso en mi vida un velo a mis sueños, te fuiste sin darme siquiera un adiós. Y en medio quedaron, tan llenas de espinas, las telas de araña de mi decepción* —Canté. Mi voz era como una ola llegando al fin hacia la arena.

—Consuelo. —Dijo la señora con voz temblorosa y sosteniéndose fuerte de la cintura.

—Consuelo Vázquez, fue mi abuela. Murió hace poco más de una década, yo tenía siete años.

—No te pareces mucho a ella, salvo en la nariz y las ojeras.

—No, es que me parezco más bien a mi abuelo, Josué Soberanis. ¿Lo conoció? A mí abuela sí, ¿de dónde?

Mis preguntas parecían llegar hacia la viejecita como golpes a un edificio sin vigas. Tardó un par de segundos en contestar, pero yo sentí que me había petrificado en la espera de mi anhelada respuesta. Por fin, por fin podría estar ante el origen de la canción de mi Chelito.

—No tengo la menor idea de quién sea ese tal Soberanis. Y a Consuelo la conocí en Cozumel, éramos vecinas y fuimos mejores amigas.

—No lo puedo creer, usted fue mejor amiga de mi abuela, qué locura... Oiga, ahora que la observo, se me hace conocida, tal vez nos habíamos visto antes. No lo sé. Pero dígame, ¿sabe quién fue el autor de esa canción? ¿Cómo se llama usted? ¿Cómo se llama la canción?

De nuevo mis preguntas eran balas sin malicia que azoraban la memoria de la mujer con ojos negros. No era mi intención causar derrumbes en ella de ningún modo, solo estaba capturada por una emoción y curiosidad intensas. Primero me dijo su nombre: Elia. Parecía dolerle pronunciarlo, en cuanto lo dijo, el señor Felipe puso una cara de muchísima extrañeza, pero no habló. Después de presentarse, el silencio fue más largo, tal vez un par de minutos. Nadie se atrevía a romperlo. Todos en ese pequeño espacio perfumado por diversos aromas de hojas y frutos parecíamos temerles a las palabras que aparecerían para aprisionar al mutismo. Doña Elia por fin habló:

—Sí sé su nombre, sí sé quién fue el autor, pero... ya no lo recuerdo.

Cada letra y silencio de aquella afirmación salían de ella como navajas, lastimándola y dejándome sentir el mismo dolor y frustración que le causaban.

—No se preocupe, doña Elia, a todos se nos puede olvidar alguna cosa.

Ella me miró sabiendo que mi desilusión era grande, apenada, deseando poder recordar, tanto como yo quería saber lo que su memoria desleal no nos permitía evocar.

Ya no hablé con ella más. Entendí que el silencio era lo mejor para el momento. Don Felipe me dio una cajita de té de buganvilia y le pagué. Antes de irme, me comentó que su madre no se llama Elia, sino Miranda.

MIÉRCOLES 27 DE NOVIEMBRE, DONDE SIGUEN DOLIÉNDOME PESARES DE OTROS CUERPOS

Me encontré a doña Elia ayer en la parada de autobuses que está a las afueras de mi facultad. Según que, aunque a su hijo no le agrada la idea, dada su avanzada edad,

a ella le encanta pasear por las calles solita: pararse a contemplar a los novios, las palomas amontonadas, los vendedores ambulantes... Su aroma favorito es el de las mandarinas recién despellejadas y las donas a tres por diez pesos. Su aspecto no esconde su edad, pero su paso es firme, curioso y alegre. Le gusta irle diciendo a los peatones que se lo permiten qué había antes entre los lugares que transitan. Me dijo una frase sobre eso que me enloqueció: «somos como estos edificios, a pesar de ser lo mismo, todo el que llega a nuestra vida nos cambia el color, la textura; nos tiran paredes y nos construyen otras; a veces tenemos tres ventanas y luego cinco; un día somos una cafetería y al otro un bar». Afirmó que al encontrarme allá pudo recordar que sí, tal como le comenté días antes en el puesto de té, nos conocíamos ya (más bien nos habíamos visto antes).

—Tú cantabas la canción que Chelo y yo tanto adorábamos.

—¡Sí! Pero ¿por qué cuando le pregunté si la conocía dijo que no? Si hasta la estaba cantando al unísono de mí.

—Porque no me gusta recordarla ya.

—Discúlpeme de verdad si la molesto... simplemente no entiendo. Me acaba de comentar que usted y mi abuelita la adoraban, ¿por qué ya no le gusta?

—Doña Elia se quedó callada por unos segundos y miró fijamente el parque amarillo que estaba enfrente de la estación de autobuses. Parecía que observaba algo que estaba en otro espacio lejano a nosotras, por ello sus ojos, aunque presentes, se habían escapado para mirar más allá del sitio en el cual nos hallábamos. Rompió el silencio precedida por una sonrisa que me dolió.

—Niñita, ya no recuerdo porqué, solo sé que no lo hago y que no quiero. Pero oye, tienes una voz muy linda, tal como Chelo. Ella siempre andaba cantando de aquí para allá. A ver qué día pasas a visitarme, me cantas y nos tomamos un té.

—Así es. Entre mis recuerdos favoritos está ella cantándome *El toro enamorado de la luna* mientras nos mecíamos en una hamaca carmesí. Claro, doña Elia. Y perdóneme por andar molestándola con mis preguntas. Apenas termine mi semana de exámenes finales la voy a ver. ¿Dónde vive?

—Te voy a dar mi dirección. Mi hijo me mandó a hacer varias tarjetitas impresas donde está anotada. Dice que por si alguna vez se me olvida, ah, pero qué canijo, si mi memoria la controlo a mi gusto.

Me entregó el papel doblado y se despidió porque la ruta que esperaba llegó (ya habían pasado varias antes, platicamos un buen rato). La vi marcharse otra vez en el camión rojo, cantando algo que dolía, no sé si solo a mí o a todo aquel que la pudiera escuchar.

MARTES 9 DE DICIEMBRE, SOBRE UNA FOTOGRAFÍA QUE ME QUIERE CONTAR ALGO

Terminaron mis exámenes finales, pero no quise ir a ver a doña Elia. Desde aquel día que me la topé siento que hay algo que ella tiene a lo que no quiero enfrentarme. Algo que me causa una lluvia de cuchillas en la memoria cada vez que la miro fijo a los ojos... Parecen querer revelarme algo sin poder hacerlo (o tal vez lo contrario).

Lo cierto es que antes del mediodía vi algo que me hizo cambiar de parecer. Acompañé a un amigo historiador a la fototeca de mi universidad, ya casi la cierran por el periodo vacacional. Allí estábamos cuando, en una fotografía que data de los años cuarenta, me encontré a mi abuelita! ... Estaba junto a otra mujer, muy parecida a doña Elia, y un joven que sostenía una guitarra. Era alto, con ojos pequeños y nariz respingada. Estoy segura que es el mismo al cual miré en mi clase de historia de Yucatán hace no mucho. Ninguno de los tres tenía más de veinte años en esa captura de sus cuerpos en papel. Le tomé una fotografía con mi celular a la imagen de antaño y decidí que doña Elia tenía que contarme la historia detrás de esta: decidí que mañana mismo iré a su casa.

A lo mejor también tenga algún remedio para el dolor discreto pero profundo que siento en mi costado izquierdo: me comenzó justo luego de hallar el retrato de mi abuela y sus acompañantes.

JUEVES 14 DE DICIEMBRE DONDE EL SILENCIO SE PERPETÚA

La visita a casa de doña Elia solo me inyectó dosis descaradas de silencio en la esperanza. Llegué el miércoles alrededor de las cuatro de la tarde. Su casa huele a vicarias y pino, pues hay un jardín extenso alrededor de esta. Como no me dio ningún teléfono para contactarla, temía que no se hallara en su domicilio. Por fortuna sí estaba. Me sonrió de una manera tan dulce al recibirme que sentí como si estuviera con una amiga de antaño. Preparó té de hierbabuena con canela y sacó un paquetito de galletas de manteca de su alacena para invitarme. Le platiqué sobre mi estadía en la universidad, mi papá... Intentaba atrapar algún momento adecuado para sacar el tema de la fotografía, pero me era muy difícil. Era como si de algún modo, a través de sus gestos atentos y la voz endeble, evadiera mi curiosidad que —probablemente sin éxito— intentaba disimular. Cuando ella comentó algo sobre un concierto de trova que habría pronto en la ciudad, aproveché:

—Oiga, pues vine a cantarle. ¿Le parece sí yo elijo con qué melodía comenzar?

—Desde luego que sí, la que gustes, hijita...

—Entre las cuatro paredes, de mi rinconcito lindo, las telarañas no existen, las telarañas no están. Y aunque parezca mentira, más vale una telaraña, que el amor que nos engaña y que luego se nos va...

Canté de modo suave, sin necesidad de algún instrumento. Las palabras sujetadas por mi entonación sensible llegaban a ella como un cántaro de luz astillada. Lo sé por los ojos que le comenzaron a temblar por estar encerrando algo que pedía con aullidos feroces salir. También me lo revelaron sus pies tambaleándose, como si caminaran sobre puñales de aliento. Me oía mientras su cuerpo se fragmentaba, saliendo cada parte de él hasta algún sitio prohibido en sus recuerdos. Regresaba de ellos con pedacitos en el semblante de lo que fue, como si su piel fuera una hoja que amanece recubierta por espectros de rocío. Sé todo esto porque sus emociones intensas, pero recatadas, brincaron hacia mí sin permiso y con frenesí. Se formó un puente de versos entre doña Elia y yo, fuimos una sola, fuimos la canción.

—Lo único que puedo recordar, mi niña, es que amé con profundidad a quien me enseñó esta canción. Era muy apuesto y cantaba de manera gloriosa... Recuerdo todo eso, pero ya no estoy segura de por qué me aferré a olvidarlo, y tu abuela hizo lo mismo, o eso prometimos.

—Pero ninguna de las dos olvidó su canción...

—Entonces nunca cumplimos la promesa, no del todo...

—No se preocupe si no quiere decirme, le agradezco este tiempo juntas...

Ya no le mostré la fotografía, presentí que ninguna de las dos iba a poder afrontar lo que aquellos tres jóvenes perpetuados en la nostalgia de una imagen tenían por contar. Aunque estoy casi segura que el hombre es aquel a quien doña Elia dijo haber amado, pues en esta le sostiene la cintura con tanto ahínco. Mi abuelita está junto a ella, abrazándola por los hombros. Lucían tan felices, pero esa foto en realidad es triste y no quiero saber la razón. Me quedé un par de horas más. Pusimos sus casetes de Los Panchos y cenamos papadzules. Nos volvimos cómplices en un secreto que no nos habíamos desvelado en realidad. Fuimos dos hermanas sin vínculo sanguíneo, dándonos paz y oídos siempre dispuestos a sostener la voz de la otra. Yo fui Chelo y ella Miranda, el nombre que en esta ocasión sí me compartió.

VIERNES 20 DE DICIEMBRE EN UNA NOCHE SIN CENSURA Y DE TROVA

El día en el que fui a visitar a doña Elia —o Miranda, no sé bien cómo llamarle— procuré dejarle el número de mi teléfono celular, por si se le ofrecía algo. A los pocos días se comunicó conmigo, pues don Felipe la había invitado a un concierto de trova,

ya que existe un festival de ese tipo de música desde hace algunos años en la ciudad. Sin embargo, él ya no podría ir con ella, por un viaje de improviso que realizaría, así que me propuso acompañarla. Acepté: en primera porque siento algo muy especial por esa ancianita. Cuando estoy con ella parece que somos amigas de antaño; la segunda razón es porque soy fanática de la trova. Fui a su casa alrededor de las cinco de la tarde, el evento comenzaría a las seis. ¡Se veía preciosa! Vestía con una blusa bordada color azul, falda blanca hasta las rodillas y unos tacones bajos parecidos a los que se usan para bailar jarana. Se había recogido el cabello con una cola de caballo, que además había alaciado (usualmente luce unos rizos impresionantes). Se delineó de forma que sus ojos, ya de por sí grandes, parecían enormes, como dos lunas de azabache. Además, se echó una fragancia que olía como a lima y menta. Me sentí orgullosa de ir acompañada de tan hermosa mujer, desde que nos subimos al taxi para llegar a Paseo Montejo, donde sería el recital, hasta que llegamos a nuestro destino. Por el porte de ella, cualquiera pensaría que somos de la misma edad. Antes de entrar al sitio donde se daría el concierto, nos sentamos a comer papas fritas en una banquita verde. En ese ínter no hablamos mucho, hasta que la señora decidió liberar tanto de sí para mis oídos:

—Se llamaba Felipe. Tal vez ahora su nombre y apellido aparecerían en alguno de estos carteles que recuerdan a grandes trovadores.

—¿De quién me habla, doña Miranda?

—Del amor de mi vida y quien nos enseñó a Chelo y a mí la canción que tanto te gusta.

—Felipe, como su hijo...

—Así es. Los tres éramos muy amigos. Vivíamos todos en Cozumel, aunque nos hicimos cercanos cuando, casi al mismo tiempo, nos mudamos a Mérida.

—Entonces, Felipe fue el autor de la canción, ¿y cómo se llama?

—No sé si él la compuso. Tenía la manía de decirnos que había escrito tal canción, pero luego la escuchábamos en la radio o la encontrábamos en algún cancionero. Pero también me compuso muchas canciones a mí, y Chelo solía cantarlas. De esa en particular nunca supe el nombre, jamás lo pregunté, pero él y Chelo la cantaban a dúo. Un día me dijeron que la autora era Chelo, al otro que Felipe... les encantaba crearme esas intrigas...ah, cómo los añoro.

—Al menos ahora sé cómo llegó esa canción hasta mi abuelita, y icabe la posibilidad de que sea la compositora! Entonces, aquel fue el padre de su hijo...

—Algo me dice que ella fue la compositora, pero ya ves que a nosotras se nos enseñó a no decir mucho sobre lo que somos. Y sí, pero él no sabe. Cuando murió Felipe yo no sabía que estaba embarazada. Al poco tiempo que mi hijo nació me casé con quien para él fue su padre. Tuve suerte de que me hayan aceptado así, con un

hijo pequeño. La única condición que me pidió mi marido fue nunca decirle a mi hijo que no era su padre biológico.

—¿Y qué le pasó al papá de don Felipe?

—Ese es un recuerdo que todavía no me atrevo a dejar libre...

Después de esa charla nos movimos hacia donde sería el concierto. Yo la tomé del brazo todo el camino, mientras le contaba chistes tan blancos que se reía de lo absurdos que eran. Disfrutamos de cada nota y verso en el espectáculo musical. La miré con intensa ternura mientras cantaba y parecía un ser ubicuo, navegando entre los espacios a los que su memoria la trasportaba, y las luces tímidas de donde nos hallábamos. Mirarla era estar en mil sitios con la misma canción sujetándote al olvido. Regresé a casa muy tarde, después de dejarla a ella en la suya. Siento que desde ese día una canción resucitó entre mis venas y va cantando sus amores dentro de mí.

VIERNES 27 DE DICIEMBRE, ENTRE LETRAS QUE DIBUJARON MANOS DE OTRO TIEMPO

Doña Miranda me llamó ayer por la tarde y hoy en la mañana fui de nuevo a verla. Me encanta sentir el aroma de flamboyán que emana en la colonia donde reside. La percibí distinta, se le notaba desvelada. Por primera vez la observé sin collares y pulseras que la ornamentan, tampoco llevaba el lápiz labial cereza ligero que siempre usa. Nos dimos un abrazo fuerte, pero discreto, en cuanto me abrió la puerta de su hogar. La casa olía a té de canela con hierbabuena. Nos sentamos en su sala, en las sillas tejidas con los hilos que se usan para las hamacas. Se me quedó mirando un rato largo, mientras bebíamos el té, sin dejar que palabra alguna brotara de sus labios. Permitted que el silencio se resquebrajara solo para evidenciar lo que el mío dejaba en claro.

—No me llamaste de ningún modo cuando te saludé. Debes estar indecisa de si llamarme Elia o Miranda.

—En efecto, me lee la mente. No sé cuál le gusta más, tampoco cuál es el que está registrado en su acta de nacimiento.

—Pues Miranda, ese es el que está registrado ahora, pero cuando nací mi nombre sí era Elia.

—¿Puedo saber el porqué del cambio ante la ley?

—Felipe decía que mi nombre era un refugio para toda su inspiración. Me escribió varios poemas y canciones titulados Elia. Solía comentar que era la dueña de ese nombre, aunque otras en el mundo se llamaran igual.

Las palabras de mi veterana amiga parecían expresadas con un llanto reseco, uno que no necesitaba usar lágrimas para humedecer el ambiente. La sonrisa leve que

dibujaba en su rostro, acentuando más sus arrugas, no era fingida. Nunca antes presencié a la alegría y la tristeza haciendo el amor, copulando sin tapujos sino hasta ese momento: solo el recuerdo es capaz de lograr tal hazaña. Mientras su taza temblaba a la par de sus manos, como si esta fuera una esperanza intentando no derrumbarse de nuevo, continuó con la anécdota sobre sus nombres.

—Tras su muerte, sentía que escuchar mi nombre era demasiado doloroso. No podía soportar que tantas voces lo pronunciaran, menos la de él. Cuando conocí a quien fuera mi esposo, antes de casarnos, decidí cambiarme el nombre a Miranda. Mi nombre quedó impregnado para siempre de Felipe, así que no quise que mi futuro marido me llamara así.

—¿Y lo quiso? Me refiero a su esposo, además, ¿no se le hizo raro a él el cambio de nombre?

—Sí que lo quise, era un hombre adelantado a su época. ¿No te digo que me aceptó con todo e hijo? Tampoco me golpeaba ni nada y siempre quiso mucho a mi pequeño, sin duda fue su papá y lo amé... mas no fue el amor de mi vida. Claro que se sorprendió cuando decidí nombrarme Miranda, pero le dije que siempre había odiado ese nombre. No era así, pero enterré con mucho amor mi nombre, como jamás pude hacerlo con Felipe.

—Oiga y... ¿Por qué Miranda?

—Pues siempre me resultó un nombre muy bello... Solo eso. Si esperabas otra gran historia, lamento decepcionarte. Ay, hijita, ojalá, así como pude cambiarme el nombre, hubiera podido modificar otras tantas cosas...

Luego de esta charla doña Elia me invitó por primera vez a pasar a su habitación, pues según ella algo importante tenía para darme. En su recámara abundan figuras de porcelana, cuadros de distintos paisajes sepia, fotos de su hijo, su esposo y ella en diferentes edades. Estar ahí resulta atemporal, me sentí como una viajera del tiempo extraviada en su esencia olor canela, como su dormitorio. Abrió su ropero y del fondo de este sacó una caja no muy pequeña, color mostaza y que olía a laurel. Había muchos papeles, fotos y mercería. Me regaló una foto de ella con mi abuelita y dos cartas: una se la dio Chelito y otra Felipe. No me dijo nada al entregármelas, pero me lo explicó todo con las lágrimas mudas que escapaban de sus ojos inmensos. Luego de eso regresamos a la sala y miramos una película de Cantinflas. Antes de irme me abrazó muy fuerte y dijo: «te regalé mis recuerdos más difíciles pero preciados. Creo que es tiempo de soltar». He enmarcado la foto de Elia y Chelo y la coloqué en mi buró, justo al lado de otra donde estoy yo con mi abuelita. Lloré toda la noche las memorias atribuladas de Elia y entendí que hay cosas que deberían permitirnos cambiar, es una lástima que no sea así: el dolor solo se acepta.

ELIA:

Estas palabras van a llegar a ti casi por milagro. El novio de Consuelo me está haciendo el favor de entregártela; yo ya no corro ningún riesgo, caí en lo peor que me podría pasar, pero él no, por lo que te pido no le comentes a nadie sobre esta carta. Quédate-la como la despedida que nunca vamos a tener, porque, aunque mañana me vuelen la cabeza, espero quedarme siempre en ti. Seguramente, en mis últimos momentos estaré pensando en la familia que tanto quisimos formar: pocos hijos, pues queríamos que estudien, anhelamos para ellos un mundo diferente a este en el cual estamos presos. Sé que tal vez me repudias y probablemente lo merezco, pero déjame al menos explicarte que si asesinó a ese hombre no fue por maldad en mí, sabes que jamás lo hubiera hecho de haber tenido otra alternativa. Los hechos oficiales dicen que entré a robar dinero a las oficinas del Monte de Piedad y maté al guardia cuando me descubrió. Es cierto que entré al sitio para hurtar algo, pero no dinero, eso me valía madres. Yo quería recuperar el collar que empeñó mi mamá para poder mantenernos en los últimos meses, donde mis canciones desnudándose en las calles de Santa Ana ya no nos daban abasto. Fue lo último que le regaló mi padre, tenía que recuperarlo para ella. El guardia intentó matarme a mí primero, ni siquiera por el robo, sino porque hace años se aprovechó de mi hermanita Camila, casi la violó, y yo le di la golpiza de su vida donde quedó medio cojo. El tipo me dio un golpe fuerte en el estómago, luego me tomó por el cuello para que siguiera asfixiándome. Cuando sentí que estaba a nada de desvanecerme, recordé que tenía la navaja que me regalaste y se la clavé en el costado izquierdo. No sé, no sé ni cómo llegó tan profundo, yo solo quería herirlo un poco para escapar, aunque algo en mi cuerpo que hervía empujó mi mano hasta lo más hondo. Lo maté. Salí del lugar corriendo, asustado. Entendiendo que le había quitado la vida a un ser humano, hijo de puta, pero al fin, una persona. Me quedé estático un par de calles después, culpable y resignado. Entré a un bar con olor a orín, vómito y alcohol ilegal. Me lavé la sangre y me senté a beber para intentar olvidar lo que había hecho. Sabía que cuando se descubriera me sentenciarían a la pena capital. Entré hace poco al ejército, allá nos advirtieron que, de cometer algún crimen, por nuestro estatus en el gobierno, moríamos ante un pelotón de fusilamiento o ahorcados. Ahora sé que mañana moriré de la segunda manera. Reí de miedo al saberlo, me pareció tan irónico que moriría así, a través de mi cuello, atajado por la garganta, la cual me llenó de vida cuando solía cantar. La cual me llevó a ti, aquel septiembre 16, cuando te acercaste para darme una moneda mientras cantaba y supe que eras el amor de mi vida. Espero que tengas a la familia que soñamos, que tus hijos puedan estudiar y saber mucho de herbolaria y preparen los mejores tés. Espero que sigas amando la trova y el bolero. Dile a Chelo que no deje de cantar, extrañaré los duetos que hacíamos para

que tú disfrutaras. Las extrañaré, a ella, nuestra mejor amiga, y a ti, el amor de la vida que se me permitió.

Recuérdame si es que eso no te causa algún dolor, pues yo siempre soñé con hacerte muy feliz.

Atte. Felipe, quien siempre habitará en alguna canción para ti.

ELIA:

Lloro sin cesar mientras redacto esto, me tiemblan las manos... No he podido dormir en días. Cuando el cansancio logra vencer a mi cuerpo en ciertos lapsos, las pesadillas y el terror me exilian del sueño y la breve paz. No sé si logre volver a descansar, ni siquiera sé si cantaré otra vez. Desde hace una semana exactamente que estoy así, ninguna canción sirve de refugio. Tengo que escribirte esto porque ya no lo soporto, aunque Ronaldo me contó que Felipe te mandó una carta a través de él para informarte sobre lo que le pasaría. Yo no estaba al tanto, ¿tú sí? El jueves pasado Ronaldo llegó a verme y me dijo que en la plaza principal del batallón un tipo pagaría un asesinato con pena de muerte, él tenía que estar presente (o eso me explicó) y me pidió acompañarlo. Accedí por idiota, claro está. Me estaban llevando a ver cómo mataban a alguien y lo exhibían como espectáculo. Tal vez me cegó el morbo, la ingenuidad, no tengo idea qué fue. Llegamos alrededor de las cinco de la tarde, no había tanta gente como esperé y la mayoría estaban uniformados. Ronaldo estaba sujetando mi cintura cuando le quitaron la cobertura del rostro al futuro muerto. Mi cuerpo colapsó tanto en sus adentros, que por afuera no pude siquiera emitir un sonido ni moverme. Creo que es porque no existía algo capaz de materializar, ni gestos, ni palabras, menos gritos, para expresar el dolor que sentí. Se me escondieron las lágrimas sabrá Dios dónde; yo las sentía escarbando en mí pidiendo ayuda, tratando de negar lo que las había formado, escondiendo y negando su propia existencia. Los ojos de aquel hombre condenado a la horca me vieron con vergüenza, pero despidiéndose de mí con profunda bondad, con el cariño de dos amigos entrañables que se sabían por última vez el uno frente al otro. Era Felipe, Elia, nuestro Felipe. Nuestro mejor amigo y aparte el amor de tu vida. Me quedé estática, como el cadáver que él sería minutos después. Lo vi volverse solo eso, un cuerpo inerte, asfixiado y atajado desde la garganta, desde el sitio donde más vida solía darle a los demás con su voz. Lo vi todo, todo... y no por gusto, claro que no, si sentía que se me estaba haciendo lo mismo que a él, pero me quedé tiesa como féretro, llorando solo por dentro, porque si algo de ese suplicio que tenía en el alma escapaba, tal vez todos alrededor nos hubiéramos muerto. No hablé

durante todo el trayecto de vuelta a casa. No fue sino hasta que llegamos a mi hogar que me eché a llorar, o el llanto me echó a mí... golpeé a Ronaldo muy duro, recriminándole por haberme llevado a ese martirio. Me empujó para soltarse de mis puñetazos, caí al suelo y me quedé ahí para seguir llorando y gritando sin pena alguna. Él me levantó a la fuerza y me dijo que tampoco sabía que se trataba de Felipe, que solo le pidieron ir. No le creo y se lo dije, pero según que no le importa y que soy una loca que no aguanta nada. Me ha estado mandando flores para que lo perdone, con notitas que dicen que, aunque no me debe disculpas porque es inocente, entiende que esté enojada. Pero no estoy enojada... estoy triste sin remedio. Elia, te juro que haré todo lo posible para olvidar. Si no tengo que volver a cantar, así lo haré. Haré lo que sea para intentar hacerle creer a mis recuerdos que esto jamás pasó. Que nunca hubo un Felipe a quien adoré, de quien aprendí tanto sobre música... Quiero que hagas lo mismo. Yo no sé si sea cierto que Felipe mató a alguien y desconozco si merecía la forma en la que se lo llevaron de este mundo... Aunque sé que tú y yo lo amamos, cada una a su manera, y no podemos permitir que este suceso nos atrofie lo que nos queda por vivir. Vamos, Elia, tenemos que olvidar. Prometo que haré hasta lo que nunca haría por lograrlo. Espero que pueda darte un abrazo pronto y de Felipe ya no haya rastros en ti o, al menos, hayas obligado a tu memoria a ocultarlo. Te adoro mucho, jamás lo olvides, y que la vida no nos aparte nunca. Estoy segura que así será, que volveremos a vernos pronto, cuando tenga la fortaleza de salir de casa. Por favor, no vengas a verme, yo iré a buscarte cuando esté lista. Te prometo que siempre voy a volver a ti, así algo nos aparte, yo hallaré la forma de regresar.

Atte. Consuelo, la que siempre estará para ti.

LUNES 6 DE ENERO INCONDICIONAL

He intentado visitar al menos una vez por semana a doña Elia. Hoy comimos rosca de reyes que preparó don Felipe, quien no solo sabe mucho sobre tés, sino que es experto en conseguir las mejores tablillas para preparar chocolate caliente. No me atreví a preguntarle algo sobre las cartas que me regaló. ¡Lloré tanto aquel recuerdo ajeno tras leer esas palabras! Seguramente no tanto como ella, aunque a lo mejor sí con la misma intensidad. Cuando fui a verla a su casa luego del concierto de trova, unos tres días después del evento, fue ella quien se atrevió a mencionar un poco respecto al tema. Seguro porque ya sabe que no permito a mi curiosidad que la atosigue. Mientras yo le platicaba por qué adoro la comida vegetariana gracias a mamá Chelo, ello soltó información que sabía yo ansiaba.

—Ay, si la Chelo era bien carnívora. No sabía eso de que se hizo vegetariana.

—Sí, al menos durante el tiempo que la vida nos permitió compartir, sí lo era. ¿Sabe? Jamás me ha contado por qué se dejaron de ver.

—Ni yo sé bien cómo fue... Cuando mataron a Felipe, Chelo y yo nos vimos unas semanas después. Ella fue a buscarme a mi casa, porque estuvo aislada luego de presenciar... lo que tuvo la pobrecita que ver. Cuando nos reencontramos, yo ya sabía que estaba embarazada. Luego de contarle prometimos que haríamos todo lo posible para olvidar lo ocurrido con él. Lo único que nos quedaría vivo de aquel hombre que las dos amamos tanto sería mi hijo.

—Bueno, y su canción...

—Si no fuera porque te conocí jamás hubiera sabido que ninguna de las dos cumplió bien aquella promesa. Eso quiere decir que hay cosas que, por más que intentes, no se le puede obligar a la memoria.

—Y entonces, ¿en qué momento se separaron?

—No fue de golpe. Ella se casó al poco tiempo con su novio de aquel entonces, Ronaldo Cerna, tuvo algunos hijos... Cada una se fue metiendo en su nueva familia y, sin darnos cuenta, nos fuimos apartando. Poco después de que nació tu tía Matilda, yo me mudé a Veracruz con mi marido y ya no supe más de ella. Es más, yo no sabía que se volvió a casar. Qué hijueputa Ronaldo, mira que abandonarla con siete hijos.

—Con razón no sabía quién fue mi abuelito, él fue el segundo esposo de mi abuelita.

—Ah que la Chelona. Yo tuve nomás un hijo y ella once. ¡Tremenda!

Hoy fue un día fenomenal. Luego de comer la rosca de reyes, don Felipe se durmió y ella y yo nos quedamos en su sala para descansar. Me acurruqué de manera sutil en su hombro y, en esta ocasión, fue ella quien comenzó a cantar: *Entre las cuatro paredes, de mi rinconcito lindo, las telarañas no existen, las telarañas no están. Y aunque parezca mentira, más vale una telaraña, que el amor que nos engaña y que luego se nos va. Dios puso en mi vida, un velo a mis sueños. Te fuiste sin darme siquiera un adiós. Y en medio quedaron, tan llenas de espinas, las telas de araña de mi decepción...* Cuando terminó la melodía me abrazó muy fuerte. Me dijo con voz entrecortada: «Chelo cumplió su promesa. Te mandó a ti para estar conmigo, para estar siempre juntas». Las dos lloramos en silencio tras aquella declaración tan dulce y verosímil. Nos inmergimos en la otra a través de los restos de una canción sin cuerpo, triste y libre. En la habitación éramos tres espíritus: dos presentes y uno escondido en la canción fantasma. Éramos Chelo, Elia y yo.



Recibí una flor(2013). Linóleo: Imelda Samano.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

DIANA SOBERANIS. Licenciada en Literatura Latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY), México. Es escritora, copywriter y docente de Humanidades. Sus textos han aparecido en espacios como la *Revista Yucateca de Estudios Literarios*, *Casapáis*, *Bitácora de Vuelos*, *Metáforas al Aire* y el periódico *Por Esto!* En 2021 ganó el Premio peninsular de cuento MujerEs con la narración “Eva”, misma que fue publicada en la antología *Ay mujeres* (2022).

Recibido: 27 de abril de 2021
Aprobado: 10 de agosto de 2023